

taxonómica de la fauna representada en las piezas prehispánicas sea muy relativa y sugestiva cuando se desconocen los sistemas de clasificación empleados por las comunidades indígenas existentes, y más aún cuando desconocemos las desaparecidas.

AUGUSTO OYUELA CAICEDO

Nuestra tradición

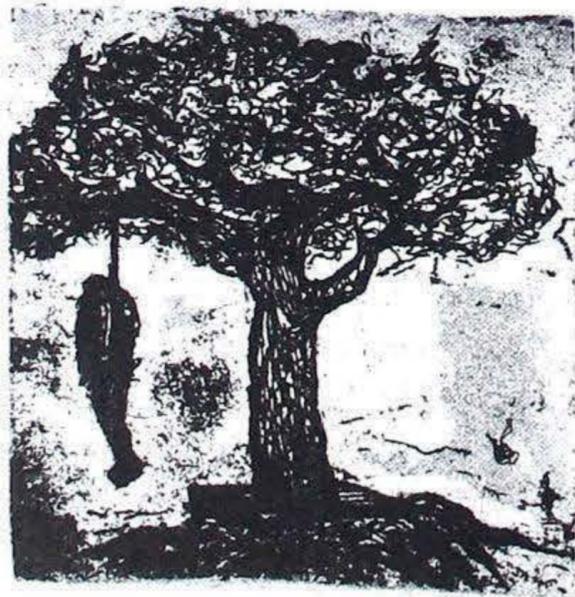
Las fiestas y el folclor en Colombia

Javier Ocampo López.

El Ancora Editores, Bogotá, 1985.

En un país como el nuestro, donde los científicos sociales poco o nada se han preocupado por la cultura popular, considerando que es tarea de segunda clase, que debe ser dejada a folclorólogos, es ya un hecho importante que un historiador de la trayectoria de Javier Ocampo se ocupe de la fiesta y las tradiciones populares.

En el capítulo primero, referido a la teoría del folclor, se analizan distintas posiciones relacionadas con lo que se ha dado en llamar la "ciencia del saber popular", posiciones éstas coincidentes en su mayoría, pero que dejan de lado un aspecto importante de la cultura popular: ésta no sólo puede definirse por un conjunto de rasgos específicos sino por oposición a la cultura dominante.



No cabe hablar de "cultura popular" sino en el contexto de sociedades estratificadas o sociedades de clases que establecen categorías contrastantes entre el arte sofisticado, o falsamente refinado, y las manifestaciones populares. En Colombia, desde la conquista se estableció la existencia de dos categorías antagónicas e irreconciliables: una cultura "blanca", "cultura", sofisticada, de salón y europeizante, patrimonio de la "elite", y una cultura popular oprimida, subvalorada, despreciada, sofocada, patrimonio de los indios, los negros y los mestizos.

Después de un profundo y prolongado contacto con los creadores populares, no estoy ya tan de acuerdo con algunos de los rasgos específicos que se atribuyen sin discusión a las manifestaciones populares: espontaneidad y anonimato, por ejemplo. Si bien es cierto que los orígenes se pierden en el tiempo, una tradición vigente, para que siga existiendo, necesita de la presencia de creadores; estos creadores reciben algunos patrones pre-establecidos pero aportan a su vez elementos que refuerzan la transmisión de esa tradición. Tradicionalidad no quiere decir todo aquello que está relegado a un pasado fosilizado y que constituye, por lo tanto, sólo una supervivencia. La cultura tradicional no es estática; está siempre emergiendo, desapareciendo y reapareciendo. Tradición no significa, en manera alguna, la repetición de secuencias idénticas en períodos diferentes. La cultura popular no es siempre anónima y producto de la creación colectiva, como generalmente se la ha estereotipado. En la cultura popular existen los especialistas y creadores de fama y prestigio; sólo que la mayoría de las veces este prestigio no trasciende los límites locales, porque únicamente la cultura dominante tiene sus canales de transmisión institucionalizados; tiene a su disposición los medios de comunicación hablados, escritos, visuales; tiene historiadores, ensayistas y críticos; tiene sus escenarios (teatros, salas de concierto, auditorios). Lo colectivo en lo popular hace referencia a que el artista es un poseedor de cualidades especiales entre otras muchas personas que hacen y repiten lo mismo que él porque lo

aprendieron por transmisión oral y mecanismos informales. Pero este aprendizaje, a pesar de no ser institucionalizado, no es tan espontáneo como a simple vista parece. Creo que hace falta profundizar un poco en el estudio de los mecanismos de transmisión. Un intérprete de marimba del Pacífico, por ejemplo, pasa más años de aprendizaje que un músico de conservatorio, y para llegar a ser un músico completo debe, además de saber tocar y fabricar los instrumentos, aprender a dominar los espíritus dueños de la marimba. Don José Torres es un músico muy conocido en Guapi (Cauca), cuya casa es no sólo fábrica de instrumentos sino conservatorio de música tradicional. Si los medios de comunicación divulgaran con la misma intensidad el trabajo del artista popular, don José debería ser tan conocido como Rafael Puyana. Creo que ya Lévi-Strauss y otros etnólogos han demostrado la complejidad y capacidad de abstracción del pensamiento de "nuestros contemporáneos primitivos", para seguir pensando que es prelógico todo aquello que no se ajuste a la lógica aristotélica.

Dejando de lado mis observaciones a la introducción teórica, de ahí en adelante Javier Ocampo hace un aporte importante en cada uno de los capítulos.

A pesar de que la fiesta, como lo afirma Ocampo, refleja el sistema social y la cultura popular de una sociedad, no ha sido suficientemente estudiada entre nosotros. La fiesta popular colectiva en Colombia tiene orígenes muy diversos. Las festividades religiosas católicas traídas por los españoles, y que tenían su origen en arcaicos ritos precristianos del viejo mundo, se mezclaron con ceremoniales aborígenes prehispánicos y ritos seculares africanos. Las fiestas populares han desempeñado un papel muy importante en la conservación de la tradición, pues si tuvieron origen remoto en ritos religiosos o se desarrollaron vinculadas a ellos (situación que en algunos casos, como en los mencionados en el capítulo "Las fiestas y el folclor religioso", persiste hasta el presente), ciertas formas festivas son una verdadera parodia del culto religioso, son decididamente

exteriores a la Iglesia y a la religión, como se expresa en las fiestas patronales de los asentamientos negros del Pacífico, donde el nombre del santo patrono es apenas una disculpa para realizar una fiesta que tiene más rasgos de carnaval pagano que de fiesta cristiana.

Es interesante la forma didáctica como se desenvuelve cada capítulo, en el cual se da la delimitación geográfica de cada región, así como los rasgos generales de los tipos humanos; los trajes utilizados en las danzas y en las fiestas; las danzas, cantos y ritmos; las ferias y fiestas populares, las comidas y las coplas. Y aunque se notan algunas imprecisiones derivadas de citas de fuentes secundarias que se toman sin discusión, este libro es un aporte al conocimiento de nosotros mismos, no sólo en el presente, sino también porque nos cuenta cómo eran los festejos mágico-religiosos de nuestros antepasados prehispánicos, con base en los relatos de los cronistas.

Colombia es y seguirá siendo un país de subculturas regionales. Cualquier intento de clasificar los hechos folclóricos de otra manera, casi siempre desemboca en taxonomías similares, pero considero que ya es tiempo de que pasemos a otro nivel de análisis. La fiesta tradicional colectiva es un buen tema, pues ella permite manifestar la elaboración de tradiciones que vienen del pasado, adaptándolas a los cambios de la sociedad, y es el espacio en el cual el pueblo puede reafirmar su solidaridad comunitaria, planteándose, al menos durante el tiempo festivo, en forma transitoria, un mundo diferente.

GLORIA TRIANA

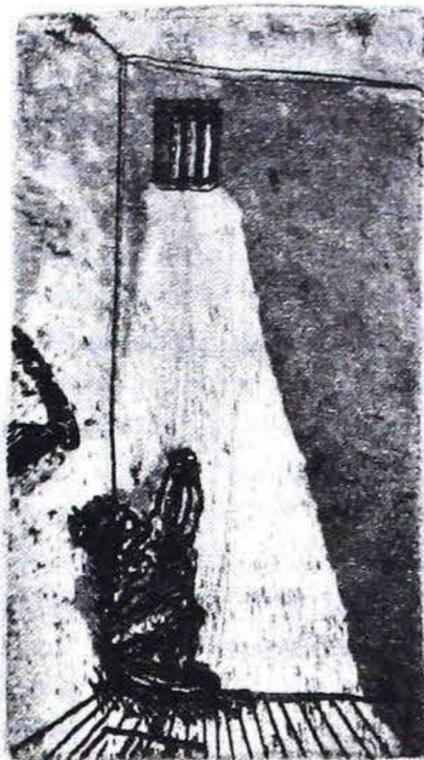
Acercamiento al campo

Tipologías polares, sociedad tradicional y campesinado (Tonnie, Durkheim, Sorokin, Parsons y Redfield)

Jaime Eduardo Jaramillo J.

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

Desde siglos atrás el pensamiento occidental ha sentido la fascinación



por pensar el mundo en términos de pares conceptuales opuestos entre sí y, a veces, antagónicos y excluyentes. De ello no ha escapado, por supuesto, el pensamiento científico en sus distintas manifestaciones, tal como nos lo muestra en su obra el profesor de la Universidad Nacional Jaime Eduardo Jaramillo, esta vez para el caso de la sociología y, más concretamente, para uno de sus ámbitos específicos: la sociología rural. El estructuralismo levistraussiano ha llevado esta tendencia a su máximo grado, atribuyendo esta manera de ver el mundo a la humanidad en su conjunto.

Este análisis es un subproducto teórico de la investigación que el autor realiza, con un equipo más amplio, en la localidad de Villeta, en el departamento de Cundinamarca, la cual los enfrentó a la tarea de dar cuenta de la dinámica de una población campesina desde un criterio específicamente sociológico, sin que ello implique la supresión de otras dimensiones del problema: económica, histórica, antropológica, etc., sino, al contrario, mostrando la urgencia de un trabajo interdisciplinario para captar ese "objeto multiforme" que constituye el campesinado.

Las novísimas teorías sobre el campesinado que proliferan en la actualidad nos llenaron a suficiencia las necesidades planteadas, lo que motivó al profesor Jaramillo a "remontarse a las fuentes" sociológicas sobre esa

temática, situadas cronológicamente entre finales del siglo XIX y los primeros decenios del XX, y que se constituyen en focos de irradiación sobre los planteamientos más actuales.

El texto nos conduce, entonces, por las polaridades más diversas, desde aquella de Maine que opone el estatus al contrato, pasando por la de sociedad militar-sociedad industrial de Spencer, para presentar la clásica polaridad de Tonnie que enfrenta comunidad y sociedad y que funda, para muchos, la distinción entre el objeto de estudio de la antropología y el de la sociología, no sin dejar de señalar las influencias de Marx en los planteamientos del sociólogo alemán.

Semejante importancia se da a la dicotomía durkheimiana entre sociedades segmentarias, basadas en la solidaridad mecánica, y sociedades modernas, cuyo fundamento se encuentra en la llamada solidaridad orgánica.

Ya en el presente siglo, otros autores han ideado tipologías binarias de largo alcance para caracterizar la diversidad social. Sorokin, el ruso-estadounidense, con su sociedad rural-sociedad urbana, Parsons y sus variables normativas y el socioantropólogo Robert Redfield con su continuo entre sociedad *folk* y sociedad urbana, completan el panorama presentado por el profesor Jaramillo.

Sin embargo, no se trata de una mera exposición de los planteamientos de estos autores y sus teorías. Lo fundamental es tratar de situar el lugar y el estatus teórico del campesinado dentro del contexto de estas tipologías polares, todas ellas con pretensiones de universalidad y con categorías que constituyen, de una u otra forma, tipos ideales que no representan ninguna historicidad específica; es decir, de derivar de estas grandes sistematizaciones sociológicas un marco de referencia para el desarrollo de una sociología rural.

Esto es posible, nos dice el autor, a condición de situar cada teoría en el contexto de su época y de su lugar de origen, para tratar de develar sus aspectos sociocéntricos y lo que hay en ellas de valorativo, de ideológico; incluso, de cuestionamiento de la sociedad de origen de cada sociólogo examinado. Así, el examen del peso